

algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Cornelia y el intruso del bosque

Raquel  
Míguez

Dibujos de  
Mar  
Blanco





1

*Prohibido el paso*

Hugo estaba cansado, asustado y le crujían las tripas de hambre. Escaparse a explorar su nueva ciudad ya no le parecía tan buen plan como unas horas antes... Y entrar en el bosque había sido, sin duda, la peor idea de su vida. Si se hubiera dado la vuelta al leer el cartel de letras rojas... Era bien grande y estaba clavado en el suelo, donde acababa la ciudad y empezaba el bosque: «Prohibido el paso». Pero Hugo estaba harto de prohibiciones...

Estuvo a punto de gritar de alegría cuando

vio la casa entre los árboles. Cruzó el jardín, se acercó a la ventana y pegó la nariz al cristal.

Dentro, Cornelia seguía en la cama. Como todas las noches, se había quedado dormida mientras leía, con el libro abierto sobre la cara. El sol de la mañana entraba hasta el último rincón de la casa y solo se oían el canto de los pájaros, el tic-tac del reloj y el ronroneo de Calcetines.

Como si hubiese detectado algo fuera de lo normal, la bruja despertó de repente.

—¡Por Imelda Caracerda! —exclamó al apartar el libro—. ¿Cuántas horas he dormido?

—Diecisiete —contestó el cuco del reloj de madera—. Diecisiete horas, veinticinco minutos y treinta segundos, exactamente.

Cornelia bostezó, estiró los brazos y miró a la ventana. Entonces descubrió una nariz espachurrada contra el cristal y un par de ojos que la miraban.

Se levantó de un salto. Abrió la ventana y palmoteó al aire, como si lo que había en la ventana fuera un moscardón y no un niño.

—¡Fus! ¡Fus! ¡Fus! ¡Fuera!

Calcetines había saltado por la ventana y se enredaba en los pies del niño.



–Perdona –se disculpó Hugo, rascando la cabeza del gato–, es que me he perdido...

Cornelia cerró la ventana y corrió al jardín.

–¿Cómo que te has perdido? –preguntó, mirando a Hugo de arriba abajo y de abajo arriba.

–He visto tu casa desde allí y...

–Ajá –le interrumpió ella–. Te has adentrado en un bosque desconocido y... Porque tú no conocías este bosque, ¿verdad?

El niño negó con la cabeza.

–Soy nuevo –dijo–, me acabo de mudar.

Era la primera vez que Cornelia tenía un niño en casa y las ideas cruzaban su cabeza, rápidas como los coches en la autopista:

«¡Un niño!, ¡un niño! –repetía su cerebro–. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago?».

–¿Acaso no viste un cartel de letras rojas que prohíbe la entrada a este bosque? –preguntó, intentando mantener la calma.

Hugo abrió la boca, pero ella se le adelantó:

–¡Claro que lo viste! Tuviste que verlo porque es un cartel enorme...

De nuevo, el niño abrió la boca para hablar, pero Cornelia siguió con su interrogatorio:

—¿No has leído *Hansel y Gretel*? ¡Por el eructo del Unicornio! Has hecho lo mismo que ellos: acercarte a una casa escondida en el corazón de un bosque.

Hugo miró la casa. Al tejado le faltaban algunas tejas, las contraventanas de madera necesitaban una mano de pintura, una de ellas estaba descolgada y la puerta parecía tan vieja como si estuviera allí puesta desde hacía tres siglos por lo menos.

—Tu casa no se parece en nada a la de ese libro... Yo solo quiero que me digas cómo volver a la mía...

—¿Y cómo voy a saber dónde está tu casa? ¿Has traído un mapa? ¿No habrás tirado migas por el camino?

Y añadió en voz baja:

—Porque eso habría sido mala idea.

—No he traído nada porque cuando salí de mi casa no sabía que me iba a perder.

—Y supongo que corriste a tontas y a locas, si no, no te hubieras metido en el bosque como si fueras un conejo. ¿Te perseguía alguien?

—No —Hugo se miró los pies como si sus zapatos o el gato tuvieran la respuesta a todas las pre-

guntas—. No me perseguía nadie. Salí corriendo porque... porque... —El niño miró a Cornelia—. Porque sí.

—¡Por Imelda Caracerda! Eso me gusta. «Porque sí» y «porque me da la gana» son mis respuestas favoritas. Pero no creo que te sirvan, porque no creo que te diera la gana de correr hasta perderte. Para eso sí tiene que haber una buena razón.

—Y puede que la haya —contestó Hugo.

Cornelia entró en la casa y salió cargada con la pecera donde vivía su sapo medio encantado, para que tomara un poco el sol.

—¡Hala, cómo mola! ¿Es tuyo? —preguntó Hugo, que nunca había visto un sapo como aquel—. ¿Le has hecho tú la corona?

Hugo acercó un dedo a la cabeza del animalito, mientras Cornelia volvía dentro de la casa y ponía una tetera al fuego.

—Te has metido en un lío de los gordos —le gritó desde la cocina—. Y no solo porque te hayas perdido, eso es lo de menos. Tu problema es mucho más serio, te lo aseguro.

—¿Un problema más gordo que haberme perdido en un bosque?

Cornelia salió con una taza de té humeante.

—Sí —respondió.

—¿Cuál?

—Te has perdido en «mi» bosque. Ese es tu problema: ningún niño que llegue hasta mi bosque podrá volver a casa.